

¡Admirable poder del genio! ha bastado el paso de un grande artista en medio de una pobre familia de aldeanos para dejar en ella una luminosa huella que se perpetúa á través de los siglos.

En cuanto al pequeño Salvator, á quien Jadin y yo habíamos tomado por un negro, en mi último viaje le he encontrado en Roma, donde me ha hecho los honores de la Farnerina. Es uno de los pensionados mas distinguidos del rey de Nápoles.

## XXI

## CAMINO DE ROMA.

Al volver á Santa Agata de Gottia, supimos una cosa que ignorábamos: que nuestro conductor habiendo creído que queríamos volver por el camino de Benevento, lo cual prolongaba algo nuestro viaje, nos habia hecho andar ocho leguas de mas. No los sentimos, ó mejor, yo no lo sentia, porque como se ha visto, Jadin nada habia tenido que ver con la aventura que acababa de sucederme, y de la que no pensaba hablarle sino cuando estuviésemos á una distancia conveniente, por temor de alguna escena desagradable entre él y su colega.

Era tarde, y queríamos ir á dormir á Caserta, para visitar al dia siguiente las dos Capuas. Llegamos á la posada á las siete de la tarde próximamente.

Finalmente, lo que deseábamos ver podía percibirse á la luz de la luna. Caserta es el Versailles napolitano. Edificado por Banvitelli, y mandado construir por Carlos III, este palacio tiene la pretension de ser el mayor de la tierra, lo cual hace que probablemente es tambien el mas triste. Añadid á esto que, como el de Versailles, está edificado en un sitio donde únicamente á fuerza de trabajos se han podido dar algunos horizontes mezquinos. Preciso es convenir en que se necesita ser régicamente caprichoso, para ir á habitar á Caserta, teniendo á Nápoles, Capo di Monte y Resina.

Verdad es que Caserta tiene magníficos sitios para cazar, y que en todos tiempos, como hemos dicho, los reyes de Nápoles han sido grandes cazadores ante Dios. Uno de los tres parques, bosque bravo, sombrío, feudal, tiene aun hoy mucha caza, segun aseguran. Este bonito bosque, que vimos al anochecer, y que ciertamente no ha perdido nada, como poético y magestuoso, está flanqueado por otro bosque, muy limpio, bien cuidado, podado á la manera del de Versailles, con una cascada muy linda, que cae de una sombría roca, que me parecia haberse formado en aquel sitio, lo que rara vez sucede en las rocas de los jardines ingleses, y con multitud de estatuas, representando á Diana, sus ninfas y el desventurado Acteon, de indiscreta memoria, medio convertido ya en ciervo. Este parque está tambien inmediato á un jardin á la inglesa, con grutas, arroyos, fuentes, chinescos, chozas, invernáculos y magnolias.

Cenamos y nos acostamos en Caserta perfectamente, consignámoslo en honor del posadero, porque esto no sucede frecuentemente en el camino de Nápoles á Roma; es verdad que me he equivocado, pues Caserta, colocada fuera de los caminos reales, no está en ningun camino.

Al dia siguiente por la mañana, un cicerone. ¿dónde no hay algun cicerone en Italia? me propuso ir á ver la

magnífica fábrica de tejidos de seda de San Lucio. En general, tengo poca afición á visitar los establecimientos industriales: los directores de esta clase de establecimientos son por lo comun atroces; una vez en su poder, no os hacen gracia de su mecanismo, no dejan de enseñaros ni una hilacha de seda. Así que, nos hubiésemos privado de ver la magnífica fábrica de seda, si no me hubiese acordado de que San Lucio era la famosa colonia del rey Fernando: porque el rey Fernando no solo era un gran cazador ante Dios, sino tambien un gran pecador ante los hombres; así que, en su época, sin duda para el recreo de sus ojos, habia reunido en aquella fábrica que fundó con una bondad enteramente paternal, las doncellas mas lindas de las cercanias; estas doncellas estaban muy reconocidas al fundador, y le probaban su reconocimiento de todas maneras. En fin, el rey Fernando fué tan paternal, y las lindas doncellas tan reconocidas, que resultó de este doble cambio de sentimientos virtuosos toda una poblacion de tejedorcitos é hilanderitas que obtuvieron de su real protector una especie de constitucion mucho mas liberal que la de 1830: uno de los artículos de aquella constitucion establece que los mozos serán exentos de todo servicio militar, y que las jóvenes tendrán cada una de dote 300 francos. Así que los matrimonios abundan en San Lucio.

A las once de la mañana dejamos á Caserte, y nos dirigimos á la antigua Capua.

¡Ay! Capua es en nuestros dias uno de esos nombres mentiras como tantos otros que nos han legado los mentirosos historiadores de Roma; sin embargo, preciso es decirlo, por las ruinas que todavia existen, es fácil conocer cuál era la importancia de aquella famosa ciudad que, segun Tito Livio, fué la tumba de la gloria de Anibal. Capua, aquella ciudad de la Campania cuya civilizacion etrusca se adelantó quinientos años á la civilizacion de

Roma, y á la que Roma, la envidiosa por escelencia de todas las glorias, trató como á Cartago, tenia un magnífico anfiteatro, cuyas ruinas todavía pueden admirarse; porque Capua, la ciudad mas refinadamente civilizada, fué la que inventó los combates de los gladiadores. ¿De dónde provenia esta ferocidad instintiva de los feroces habitantes de la Campania? De los excesos mismos de la voluptuosidad. Cuando nos han hastiado los placeres dulces y humanos, es preciso inventar otros placeres crueles y sangrientos. Ciceron, que en su cualidad de abogado jamás se veia embarazado para responder con una paradoja ó una antítesis á una pregunta cualquiera, dijo que la fertilidad del suelo causaba la ferocidad de los habitantes. En todo caso, los romanos se encargaron de hacer olvidar con mayores crueldades todas las que habian podido cometer los campanienses. Capua, tomada por ellos, fué entregada al saqueo; una parte quedó demolida, casi toda quemada; sus habitantes, reducidos á esclavitud, fueron vendidos en almoneda en las plazas públicas; en fin, sus senadores fueron azotados con varas y decapitados. Verdad es, segun dice el bondadoso y humanitario Ciceron, que era una accion exigida por la prudencia y no por el deseo de sangre: — *Non crudelitate, sed consilio*. Añadamos á esto que uno de los actos de molicie que los romanos afeaban en los capuanos era haber inventado el *velarium*, lienzo estenso colgado por encima de los circos y teatros para librar á los espectadores del sol; verdad es que los romanos, no tardando en conocer á su vez que valia mas estar á la sombra que al sol, adoptaron el susodicho *velarium*, tanto afeado en los pobres campanienses. — Véase á Suetonio, artículo NERON.

Hay un recuerdo que naturalmente todavía despierta de su letargo á Capua: el de Anibal. Se encuentra en el mundo histórico una malhadada frase de Floro, el cual dice, hablando del héroe de Cannas, del Trebia y del Tra-

simeno: *Cum victoria posset uti, frui maluit*; es decir: Cuando podia aprovecharse de su victoria, prefirió gozar. Es un concepto antiguo muy bueno, no lo negamos; pero estamos seguros que su autor al escribirle no calculó todas las consecuencias que debia tener. En efecto ese desventurado concepto ha sido para Anibal lo que las dos famosas canciones del señor de la Paliza y del señor de Malborough han sido para los dos grandes capitanes de ese nombre. Anibal, acusado de haberse dormido en las delicias, ha sido deshonrado para siempre.

Pero lo que sobre todo hay de notable, son los ataques de nuestros profesores de colegio al hijo de Amilcar, refiriéndose á la desgraciada Capua: ¡Cómo tratan á Anibal de desidioso; cómo desprecian á aquel pobre héroe, cómo hubieran marchado en su lugar sobre Roma; cómo la hubieran tomado; cómo hubieran hecho desaparecer á Roma de la tierra! No ha habido ninguno, hasta mi pobre preceptor, un pacífico y escelente abate, que aparte de los disciplinazos que nos daba, no hubiera sido capaz de hacer daño á nadie, que no estableciese su plan de campaña para marchar sobre Roma. Cuando llegábamos á ese bendito pasage de Floro, sacaba un plano de su librería, le estendia sobre nuestra mesa de estudio, hacia un compás de sus dos dedos, y nos enseñaba lo fácil que era apoderarse de la ciudad eterna. ¡Ah! ¡si hubiese él estado en lugar de Anibal!

Verdad es que hay otro abate, y este se llama el abate Montesquieu, que asegura que Anibal no hizo mas que un alto de algunos dias para dar descanso á su ejército, fatigado por una marcha de ochocientas leguas, y por tres victorias sucesivas, lo cual equivale casi á una derrota. Tambien es verdad que hay otros talentos ilustrados que han ido á buscar en Cartago mismo el secreto de la contemporización de Anibal, y que han visto que allí como en todas partes, habia dialécticos que hacian la guerra al gran ge-

neral; togas que daban su parecer á la coraza, plumas que calumniaban á la espada. Anibal pedia socorros con instancia. Roma estaba perdida, decia, la Italia era suya si le enviaban socorros. Pero se le respondia, ó mas bien, los retóricos respondian, á sus mensajes, porque directamente á él es probable que no se hubiesen atrevido á responder; los retóricos respondian, pues: « O Anibal es vencedor ó Anibal es vencido. Si es vencedor, inútil es enviarle socorros; si es vencido es necesario volverle á llamar. »

Esto es sobre poco mas ó menos lo que se respondia á Bonaparte cuando tambien se dormia en las delicias del Cairo, donde tenia que luchar contra una insurreccion cada ocho dias, y contra la peste dos veces al año. Pero Bonaparte se las habia con él Directorio francés y no con el senado de Cartago. Bonaparte respondió atravesando el Mediterráneo, y presentándose para ejecutar el 18 de Brumario.

Todavía hay entre estas dos opiniones, preciso es decirlo, que dividen en dos esta gran cuestion histórica, la de saber si Anibal permaneció meses en Capua, ó si no hizo mas que una parada de algunos dias, una tercera opinion que pretende que Anibal jamás estuvo en esa poblacion.

Esta opinion muy bien podria ser la verdadera.

Esto me recuerda que los romanos, los incrédulos se entiendo, dicen que hay dos hombres, segun ellos, son el apostol San Pedro y el presidente Dupaty.

Como hubiésemos comido muy mal, y probablemente no hubiésemos dormido nada en la ciudad de las delicias, despues de visitar el anfiteatro y las pocas ruinas que le rodean, partimos pará la moderna Capua.

La moderna Capua es una ciudad lindísima, segun Vauhan, Montecuculi y Follard; está amurallada, aspillerada y llena de poternas; tiene lunas, medias lunas, caminos de ronda, y todo está rodeado de un precioso paisaje, con

un horizonte de montañas por un lado, y la mar del otro. Por lo demas, tiene pocas cosas que ver, excepto la catedral, sostenida casi enteramente por columnas tomadas del anfiteatro.

Al salir de Capua nos encontramos el primer rio, que creo es el Vulturno: perdonad, señores anticuarios, si me engaño, porque no tengo á la vista ni mis albums, que están en Florencia, ni mis mapas, que están en la calle del Gasómetro, y me veria obligado á irlos á buscar, y no vale la pena; y despues otro rio, que de seguro es el Garillano, es decir, el Antiguo Liris.

Pasamos este poético rio del modo menos poético de la tierra. Nosotros, nuestros caballos y nuestro carruage, nos metimos en una barca y nos deslizamos á lo largo de una maroma, de modo que nos encontramos al otro lado al cabo de cinco minutos. Nuestro barquero, sin embargo, estaba inconsolable; se proyectaba un puente colgante; ¡un puente colgante sobre el Liris!

¿Y por qué no? Del Pireo á Atenas se va en ómnibus; el Éufrates se sube en buque de vapor.

Por lo demas, se recordará que orillas del Garillano es donde fué derrotado nuestro ejército por Gonzalo de Córdoba, lo que dió motivo á Brantome, haciéndose francés por un momento, despues de haber pasado el Liris, hace trescientos años, por el mismo sitio por donde nosotros acabamos de pasar, esclamase:

« ¡Ah! he visto esos lugares el último, y aun el mismo Garillano, y era en una tarde mala, al ponerse el sol, cuando las sombras y los manes comienzan á aparecerse como fantasmas, mejor que á las demas horas del dia, y me parecia que las almas generosas de aquellos bravos franceses muertos allí, se elevaban sobre la tierra y me hablaban, y aun que me respondian á mis lamentos por su combate y su muerte. »

Llegábamos á la via Apia, la mar hermosa de las vias

antiguas, en la que los romanos que tenían alguna prescencia del sitio en que morirían, ordenaban colocar sus tumbas. Existía en tiempo de la república. César, Augusto, Vespasiano, Domiciano, Nerva, Trajano, y Teodosio, la repararon sucesivamente.

Desde el sitio donde nos encontrábamos, se dirigía hácia Benevento é iba á morir á Brindis : este fué el camino que siguió Horacio en su poético viage.

Atravesábamos por entre antiguos recuerdos, caminando de lleno sobre la historia y la fábula, y tropezando á cada paso con Tácito y Horacio. Nuestro postillon (un postillon romano ó napolitano podria perfectamente ser recibido, y dicho sea esto de paso, en la Academia de Inscripciones y Bellas letras) nos dijo que algunas ruinas sobre las cuales íbamos dando tumbos de escombros, en escombros, eran la antigua Minturna.

— Entonces los pantanos que se ven desde aquí... pregunté estendiendo el brazo en la direccion del camino de San Germano.

— Son los pantanos donde se ocultó Mario, respondió mi postillon.

Le dí dos paoli.

Sobre poco mas ó menos, es el mismo sitio donde Mario se ocultó; donde Ciceron fué asesinado, y Conradino vendido.

En otra parte hemos referido como murieron el orador antiguo y el jóven héroe de la edad media.

Fuimos á comer á Mola; nos condujeron á un salon cuyos balcones estaban cerrados para conservar el fresco; luego de repente, cuando tendidos en cómodos sillones nos hacíamos aire con nuestros pañuelos, el mozo abrió uno de los balcones.

Es imposible espresar el encanto del paisaje que aquella especie de linterna mágica acababa de descubrir á nuestra vista. Nos estasiábamos en aquel golfo tan tranquilo

que parecia un espejo de lapiz-lázuli, y al otro lado descubrimos á Gaeta avanzando hasta la estremidad del promontorio; Gaeta, célebre por sus vergeles de naranjos, los dos sitios que ha sostenido, uno en 1504, el otro en 1806, y sobre todo por sus mujeres rubias.

Una doncella de Gaeta es la que sirvió de modelo al Taso para el retrato de Armida.

Perdonad, nos olvidábamos de otra de las celebridades de Gaeta. En su costa es donde Escipion y Selio se divertían en acertar tirando de rechazo, como mas tarde Augusto se divertía jugando á las nueces con los pilluelos de Roma.

Después de comer, fuimos á dar un paseo hasta Castellone de Gaeta, la antigua Formies, de la que existen todavía una puerta y un trecho de muralla. Entre estos dos barrios estaba situada una de las villas de Ciceron; de esta villa era de donde huía oculto en su litera, cuando le alcanzó el tribuno Popilio, de quien había sido abogado, el cual le cortó la cabeza y las manos, á modo de reconocimiento; es probable que si Popilio tuviera el resto de su vida algun otro proceso, el tribunal se hubiera visto obligado á nombrarle un defensor de oficio.

El sitio donde segun todas las probabilidades estaba situada aquella villa, forma parte hoy de la propiedad del príncipe de Capotele.

Hay otra tradicion que quiere que un manantial que corre en la misma propiedad sea la famosa fuente Artacia, cerca de la que Ulises encontró la hija de Antipater, rey de los lestrigones, la cual iba como una simple mortal á llenar allí su cantarillo de agua.

El carruage nos seguía detrás: no tuvimos pues, mas que volvernos á reinstalar en él, cuando vimos todo lo que queríamos ver, y partimos; media hora después estábamos en Itry, patria del famoso Fra-Diávolo, tan célebre en Campania, y sobre todo en la Opera Cómica.

Fra-Diávolo era un cura, hombre excelente, que leía un breviario como cualquiera otro, confesaba bien ó mal á los ladrones de las cercanías que iban á contarle sus *peccata minuta*, y de quien se hacia amigo no echándoles mucha penitencia, cuando el dia menos pensado tratándose de José Napoleon, rey de Nápoles, le entró el deseo de oponerse á aquel nombramiento. En consecuencia sin cambiar de trage, se puso un par de pistolas en el cinto, se ciñó un sable por encima de la sotana, cogió una carabina que encontró en el presbiterio y que provenia de su antecesor, y haciendo un llamamiento á sus ovejas, en cuyo número, como hemos dicho, se contaban muchos bandidos, se puso en campaña guardando los desfiladeros de Fondi, y pasando á cuchillo á todos los franceses aislados que pasaban por allí. No tardaron en hacer aquellas hazañas tanto ruido que el eco fué á resonar á Palermo donde estaban en aquella época Fernando y Carolina; las augustas magestades hicieron á Fra-Diávolo la invitacion de irlos á ver, y apresurándose este á corresponder á ella, le confirieron el grado de capitán. Fra-Diávolo volvió á Itry vestido con esta nueva dignidad, pero este grado no le dió la felicidad. Massena despues de haber tomado á Gaeta ordenó una batida general en las cercanías; Fra-Diávolo fué cogido con doscientos hombres de su compañía próximamente: sus doscientos compañeros fueron ahorcados en el acto en los árboles del camino. Pero como los napolitanos negaban que Fra-Diávolo, quien en su opinion justificativa del sobre nombre que le habian dado de el hermano Diablo, tenia mil recursos de magia á su disposición; como los napolitanos, digo, negaban que Fra-Diávolo hubiese sido bastante imprudente para dejarse coger, condujeron al ex-cura á Nápoles, le pasearon durante tres dias por las calles de la capital, y despues le cortaron la cabeza en la plaza del Mercado Nuevo.

Esto no impidió que durante todo el reinado de José y

el de Murat negasen los ánimos mas firmes la muerte de Fra-Diávolo.

No nos haga una noticia moderna perder de vista un recuerdo antiguo. Itry es antigua *Urbs Mannurrarum* de Horacio; aqui es donde Murena le cedió su casa y Capiton su cocina.

*Murena prævante domum, Capitonea culinam.*

Nos detuvimos en Itry. Recordaba yo la noche que habia pasado en Terracina en mi primer viage, noche la mas terrible de todas las que he pasado en Italia. Recordaba aquellas desventuradas camas con colchas de sarga verde en las que habíamos estado dando vueltas seis horas sin poder conseguir cerrar los ojos ni un minuto. Verdad es que exaltada la imaginacion con la eterna amenaza de un solo peligro, á fuerza de buscar habia ideado un trage de noche que me ponía casi completamente al abrigo de las pulgas: componíase de un pantalon que cubria hasta el pié con costuras sobre puestas y que se ataba á la cintura, una camisa que se abría lo preciso para dejar paso á la cabeza, y que se cerraba hermeticamente al cuello, en fin, guantes sobre los que abotonaban las mangas: mediante esta precaucion solo el rostro quedaba al descubierto, y he notado que la pulga como el leon, respeta el rostro del hombre. Verdad es que quedaba la chinche que no respeta nada; pero en lugar de dos razas enemigas, no habia ya que combatir mas que á una.

Os lo repito, desconfiad, no de las fiebres de las lagunas Pontinas, que todos os previenen, sino de sus pulgas y chinches de quien nadie habla.

Al dia siguiente por la mañana nos reunimos Jadin y yo diciendo que hubiéramos hecho perfectamente en dormir en Terracina.

En una de las pendientes del camino de Fondi se detuvo

nuestro postillon y nos dijo que estábamos precisamente en el sitio en que el *célebre poeta frances Esmenard* se mató cayendo del carruage.

En general los italianos no nos colman de alabanzas; y aun se puede decir que en su rígido patriotismo, patriotismo de campanario, último resto del orgullo de las pequeñas repúblicas, casi siempre son injustos con las demás naciones; pero como toda curiosidad vale una retribucion cualquiera, y está retribucion es variable segun el mayor ó menor interés que ofrece la susodicha curiosidad, nuestro postillon calculó que la curiosidad, y por consecuencia la retribucion, seria mas grande, si hacia de Esmenard un poeta de primer orden.

La ciudad de Fondi, que eligió Santo Tomás para establecer en ella una cátedra, y en donde hizo el milagro de horticultura de plantar por la copa un naranjo que prendió y que se enseña en la actualidad, es hoy una miserable aldea. El famoso corsario Barbaroja, que es preciso no confundir con el emperador Barbaroja, el soberano de las leyendas, furioso por no haber podido robar á la bella Julia Gonzaga, viuda de Vespasiano Colonna y condesa de Fondi, con la que pensaba hacer un regalo á Soliman II, quemó la ciudad. Desde entonces la desdichada poblacion no ha podido reponerse de aquel accidente, y la mano de fuego del terrible pirata está todavía impresa en la ciudad moderna.

Dos horas despues estábamos en Terracina.

Terracina es todavía hoy, sobre todo yendo de Nápoles, la brillante Auxur de que habla Horacio :

*Impositum saxis late candentibus Auxur :*

Con su gigantesca roca que en todas épocas fué su base y los restos del palacio de Teodorico que no la coronan desde el siglo v. Como no era mas que medio dia, y

tenia que hacer algunas investigaciones en Terracina, nos detuvimos en la posada donde habíamos parado al ir, la única por lo demás que creo hay en toda la ciudad.

Diez minutos despues de nuestra llegada estábamos ya en camino, Jadin para trepar la montaña cubierta de ruinas góticas, y yo para ir orilla del mar donde todavia se encuentran vestigios del puerto, que probablemente se remonta al tiempo de la república.

Al volver entré en la catedral. Algunas columnas muy bellas de mármol blanco que fueron de un templo de Apolo le hacen bastante notable.

Al entrar en la fonda habia preguntado si no existia alguna historia de Mastrilla. Acaso no se ha olvidado el nombre de aquel famoso bandido que el padre Rocco llamó tan felizmente en su socorro, á propósito del alumbrado de Nápoles, y de aquella famosa historia de San José que tanto se nós ha afeado.

La historia de Mastrilla se encontraba escrita en una especie de proceso casi intraducible, que me proporcionaron con gran trabajo, pero del que, para vergüenza de mi imaginacion sea dicho, lo confieso, nada pude sacar.

Forzoso me fué pues limitarme á las tradiciones orales, y ponerme en busca de los rapsodistas que podian, fragmento por fragmento, referirme la iliada de este otro Aquiles.

Los rapsodistas me tuvieron hasta las siete de la noche contándome centones que no eran mas que las diferentes piezas del proceso, separadas en vez de estar reunidas.

Habíamos pasado todo el dia en la pesquisa del impalpable Mastrilla. El dia se habia perdido, lo cual no era una gran desgracia; pero lo que completaba nuestra situacion era que teníamos que pasar la noche en Terracina, y sabido es el horror que nos inspiraba esta parada, ó atravesar las lagunas Pontinas durante la oscuridad. Permaneciendo en Terracina estábamos seguros de ser devo-

rados por las pulgas y chinches; atravesando las lagunas Pontinas nos esponiamos á ser despojados por los ladrones. Titubeamos un instante, y al cabo nos decidimos á atravesar las lagunas Pontinas.

Hicimos enganchar los caballos á las ocho de la noche; hacia una luna clara y magnífica; cargamos nuestras escopetas, montamos Jadin y yo en el carruage y partimos á buen paso.

Las lagunas Pontinas comienzan al salir de Terracina, y casi inmediatamente el pais toma un aspecto triste particular, que sin duda no contribuye poco á darle á los ojos de los viajeros, el temor de la fiebre que ciertamente existe allí, y el de los ladrones que acaso os están esperando en aquel sitio. El camino trazado á través del pais, se estiende su línea completamente recta teniendo á cada lado un canal destinado á la corriente de las aguas. Desgraciadamente, segun se asegura, aquellas aguas se encuentran bajo el nivel del mar, y por tanto no pueden correr al Mediterráneo. Mas allá del canal hay un terreno move-dizo y plantado de grandes cañaverales.

Esta vasta soledad donde Plinio contaba en otro tiempo hasta veinte y tres ciudades, no presenta hoy, esceptuando las paradas de la posta, ni una habitacion. Como en los pantanos toscanos, en menos de un año mataria una fiebre devorada al imprudente que se atreviera á fijarse allí. Los mismos ladrones que la esplotan no hacen mas que pasar allí, é inmediatamente que han terminado sus expediciones, se retiran á sus montañas de Piperno, su verdadero domicilio.

A medida que avanzábamos adquiria el pais cada vez mas un tinte de melancolía; y como si nuestros caballos y nuestro postillon hubiesen participado de la inquietud que su mala fama podia inspirar, los unos redoblaban ligereza, el otro sus golpes.

Al cabo de hora y media próximamente, vimos á nues-

tra derecha un gran fuego que reflejaba una luz de incendio á cien pasos á su rededor, no podia ser de ladrones, porque con esa imprudencia se hubiesen denunciado á sí mismos: preguntamos á nuestro postillon qué significaba aquel fuego; nos respondió que era la parada de la posta.

En efecto, á medida que avanzábamos, veíamos á la luz de la llama una especie de casucha, y arrimados á las paredes de la casucha, é iluminados por el reflejo del hogar, cinco ó seis hombres inmóviles y envueltos en sus mantas. A nuestra aproximacion y al chasquido del látigo de nuestro postillon, se destacaron dos del grupo, y montando á caballo, tomaron en la mano una especie de lanza y desaparecieron. Los demas continuaron calentándose.

Cuando llegó frente al cobertizo, se detuvo nuestro postillon, y apenas lo hizo desenganchó sus caballos, pidió el precio de su carrera, así como las agujetas que eran el obligado acompañamiento, y saltando sobre uno de sus caballos así que lo recibió, volvió grupa y marchó al galope. Por lo demas, sus caballos estaban tan perfectamente acostumbrados á este precipitado retorno que no tuvo necesidad de emplear el látigo como habia sucedido al ir: se hubiese dicho que aquellos animales participando de las inquietudes del hombre, se apresuraban á huir de aquellas comarcas mefiticas y de aquella atmósfera pestilencial.

Entretanto habíamos quedado en medio del camino con nuestro carruage desenganchado, y como no veíamos adelantarse ningun cuadrúpedo, como no se movian de su puesto ninguno de aquellos bípedos temblorosos y acurucados alrededor del fuego, me decidí, viendo que no se dirigian hácia mí, á dirigirme yo á ellos. Por consecuencia me bajé del asiento; me eché la escopeta á la espalda, y me dirigí hácia la casucha.

Me dejaron aproximar sin hacer movimiento alguno.

A medida que me acercaba los miraba atentamente; no eran hombres, eran espectros.

Aquellos desventurados tenían el rostro macilento, los miembros temblorosos, sus dientes que se chocaban, en una palabra, era un espectáculo repugnante: el que tenía mejor aspecto de los cuatro hubiese podido pasar por una horrorosa estatua de la fiebre.

Les contemplé un instante, olvidando el para qué me aproximaba á ellos; en seguida por una reaccion egoista sobre mí mismo, recordé que yo mismo estaba en medio de aquellos pantanos cuyas emanaciones los habían puesto en aquel estado.

— ¿Y los caballos? pregunté.

— Escuchad, me respondió uno de ellos ahí están.

En efecto, se oían unas pisadas que iban aproximándose, despues un relincho salvaje, y mezclados á estos ruidos confusos, juramentos y blasfemias.

Al punto volvieron á aparecer los hombres que se habían alejado con lanzas, echando delante una docena de caballitos vivarachos, salvajes, fogosos que parecían arrojaban llamas por las narices.

Los cuatro febrifugos se levantaron inmediatamente, se arrojaron en medio del extraño rebaño, cogió cada uno el suyo por el ramal que arrastraba, le pusieron á pesar de su resistencia unas guarniciones miserables, y gritándome al mismo tiempo: « Subid, subid, » engancharon el indómito tiro al carruage.

Comprendí quo no había que hacer observaciones y que en las lagunas Pontinas debía obrarse así. Subí, pues, apresuradamente á mi asiento, y ocupé mi puesto junto á Jadin.

— ¡Hola! me dijo, ¿donde vamos? ¿A un conventículo de brujas?

— Las trazas es de eso, respondió. En todo caso es curioso.

— Sí, es curioso, dijo, pero no es para tranquilizar.

En efecto, se verificaba una terrible lucha entre los hombres y los caballos: estos relinchaban, coceaban, mordían; los hombre, gritaban, sacudían, blasfemaban; los caballos intentaban con movimientos que hacían conmovér el carruage, romper las cuerdas que les servían de tiros: los hombres apretaban los nudos de las cuerdas, al mismo tiempo que ponían sobre el lomo de dos de aquellos demonios una especie de sillas. En fin, cuando estas estuvieron puestas, mientras dos hombres sujetaban los caballos delanteros, otros dos saltaron sobre los que estaban ensillados y en seguida gritaron: ¡dejadlos andar! inmediatamente nos sentimos llevados como por un tiro fantástico, al paso que á cada lado del camino nos seguían los dos hombres á caballo, gritando con un látigo en la mano, y uniendo la acción á los gritos para conservar á nuestros corceles en medio del camino, del cual querían á menudo separarse, é impedirles sumergiesen nuestro carruage en uno de los canales que costean ambos lados.

Esto duró diez minutos; trascurridos los diez minutos, estando ya en carrera nuestros caballos, nos abandonaron los que nos escoltaban, y despues de haber salido por una crisis de su apatía se volvieron á esperar otros viageros, temblando con la fiebre ante su fuego.

Cuando pudimos respirar un poco, miramos á nuestro derredor: atravesábamos por entre espesos cañaverales llenos de búfalos, que desespertados por el ruido que hacíamos, separaban con estrépito los gigantescos juncos para vernos pasar; luego, asustados con nuestra aproximación, retrocedían bufando terriblemente. De vez en cuando aves de gran tamaño de los pantanos, como garzas y alcaravanes se levantaban lanzando un graznido de terror, y se alejaban rápidamente, trazando una línea recta y per-

diéndose en la oscuridad : en fin, algunas veces atravesaban el camino animales cuya forma no podía reconocer, unas veces aislados, otras en manadas. En la parada supe que eran jabalies.

Llegamos así en menos de hora y media á la segunda parada. Aquí se renovó la misma escena : el mismo fuego, hombres semejantes, caballos parecidos; despues de media hora de espera volvimos á partir como llevados por un torbellino.

Hicimos tres paradas de la misma manera; al terminar la cuarta posta, vimos una poblacion : era Velletri.

Habíamos atravesado las famosas lagunas Pontinas, y también esta vez sin encontrar ladrones : decididamente los ladrones habrán pasado para nosotros al estado de mitos.

Sin consultarnos, se detuvieron nuestros postillones á la puerta de una posada, en lugar de detenerse á la puerta de la posta. Como la susodicha locanda no parecia muy miserable, no quise despreciarla; nos apeamos, y pedimos dos habitaciones para la noche, y un buen almuerzo si era posible para la mañana siguiente.

Tres cosas nos hacian llevar con paciencia nuestra detencion en Velletri. Disponia yo para el día siguiente una excursion á Cori, la antigua Cora, y á Monte Circello, el ex-cabo de Circe; mientras que Jadin, atraído por otro objeto, me habia ya advertido que permaneceria quieto para sacar algunos retratos de mujeres; sabido es que las mujeres de Velletri pasan por las mujeres mas hermosas (1).

(1) Velletri, es el Arlés de la Italia. Rafael, pasando un día por Velletri, vió una mujer que tenia un niño en sus brazos : la belleza de la madre y del Niño exaltó al pintor hasta tal punto, que les suplicó no se moviesen, y á falta de papel y lapiz cogió un pedazo de tiza y trazó en el fondo de un tonel el boceto de la Madonna de la Seggiola.

De ahí la forma circular de ese admirable cuadro, una de las obras maestras del palacio Pitti de Florencia.

Velletri es la patria, no de Augusto, pero sí de sus antepasados; su padre era allí banquero (téase usurero): los banqueros romanos, prestaban al 20 por 100; al 20 por 100 es como César hizo cincuenta y dos millones de deudas. No ofrece de notable como monumento mas que la linda escalera de mármol del antiguo palacio Lancelloti, construida por Luigi el mayor.

Cori, mas feliz que su vecina, posee aun dos templos : dedicados el uno á Castor y Pollux, y el otro á Hércules : del primero no quedan mas que las columnas y la inscripción que atestigua que estaba consagrado á los hijos de Júpiter y Leda : el segundo, construido en tiempo de Claudio, está perfectamente conservado, y se tiene colocado al mismo tiempo sobre una base de granito aislado, como uno de los modelos mas completos del orden dórico griego.

En cuanto al Monte Circello es como lo indica su nombre, la antigua residencia de la hija del Sol. A esta montaña, bañada en otro tiempo por el mar y que se llamaba, como hemos dicho, el cabo Circe, fué donde llegó Ulises, cuando despues de haberse librado huyendo del ciclope Polifemo y del lestrigon Antipater, abordó á una tierra desconocida, y subiendo á un elevado promontorio, no vió ante sí mas que *una isla y un mar sin fin* : la isla estaba perdida en medio de las olas; y á través de matorrales y bosques salian de la tierra torbellinos de humo.

He subido al promontorio, he buscado la isla volcánica, y nada he visto; pero de verdad que acaso tenga yo menos vista que Ulises.

Pero lo que sí he descubierto son inmensas manadas de cerdos, mucho mas nobles que los puercos del Señor de Rohan, puesto que segun toda probabilidad descenden de aquellos imprudentes compañeros de Ulises que atraídos por el ruido de la lanzadera y por la armonía de los instrumentos, entraron en el palacio de la hija del Sol á pe-

sar de los consejos de Enríloco, el cual volvió solo á los bajeles para anunciar á su gefe la desaparicion de sus veinte soldados.

Ahora bien, como decia, ¿se encuentra mucha clase de nobleza que pueda competir con la de los cerdos del Monte Circello, cuyos antepasados han sido cantados por Homero?

En la montaña hay todavía una gruta llamada *Grotta della Maga*, ó gruta de la maga: es el único recuerdo que ha dejado Circe en el país, en cuanto á su espléndido palacio de mármol, no existen de él mas señales que del de Armida.

Volvímos bastante tarde á Velletri; y como no teníamos prisa, puesto que no habíamos quedado muy descontentos de la posada, resolvimos pasar allí la noche. Jadin se habia quedado con la intencion de hacer un retrato de mujer, y habia hecho dos paisajes. El hombre propone y Dios dispone.

Al dia siguiente nos pusimos en camino á las nueve de la mañana, deteniéndonos un instante en Genzano para probar su vino, que tiene cierta reputacion, y otro en la Ariccia, para ver el palacio Chigi y la iglesia de la ciudad, dos de las obras mas notables del Bernin.

En fin, á las dos llegamos á Albano. En Albano es donde los ricos romanos que temen la fiebre van á pasar el verano; desde la puerta de Roma, en efecto, sube el camino hasta Albano; y como se sabe, propia de las llanuras y de los pantanos, la fiebre jamás llega á cierta altura.

Diez ciceronis nos esperaban al bajar de nuestro carruaje para enseñarnos á la fuerza el sepulcro de Ascanio y el de los Horacios y Curiacios. No daremos á los anticuarios italianos el gusto de vernos encerrar en una discusion arqueológica respecto á esos dos monumentos. Hemos dicho todo lo que teníamos que decir acerca del gran mosaico de Pompeya, que Dios tenga en paz.

Al salir de Albano, se veia Roma á cuatro leguas de distancia; estas cuatro leguas se andan pronto, estando el camino en pendiente, como hemos dicho. Asi que una hora despues de salir de Albano, entrábamos en la ciudad eterna, que habíamos abandonado cuatro meses antes.